



ACTO III

Celda improvisada en el interior del Teatro de los Héroes. Se supone que la celda está en uno de los camerinos del teatro. Es media noche. Felipe Ángeles sentado frente a una mesa de pino escribe una carta. Bautista, silencioso y sombrío, observa a su prisionero. Éste firma la carta y se queda absorto.

Bautista: ¡General! . . . ¡General! ¡No me oye usted?

Ángeles: [Ausente.] ¡Es usted otra vez, Bautista?

Bautista: Sí, mi general . . . [Baja mucho la voz.] Francisco Villa no anda lejos . . . nos anda rodeando. Lo busca a usted, General Ángeles . . . ya sabe que usted para Villa es sagrado, como lo fue Madero . . . Yo he estado pensando todo el día que . . . pero no sé cómo decírselo, es usted una persona tan especial. Con cualquier otro no me tocaría el corazón . . .

Ángeles: Dígalo sin miedo . . . Pobre Francisco Villa . . .

Bautista: El General Diéguez se fue de Chihuahua, no quiso estar aquí a la hora de la hora. Yo solo soy encargado de guardarlo y fusilarlo. ¡Pero qué le da su muerte a mi vida! ¡Amarguras! Por eso he decidido después de pensarla todo el día, jugarme la cabeza con usted.

Ángeles: [Mirando asombrado.] No habla usted en serio, coronel.

Bautista: ¡Tan en serio como los que quieren fusilarlo! Usted en mi caso haría lo mismo. Yo estoy al mando de las tropas, contamos con el pueblo de Chihuahua. Francisco Villa no anda lejos. Con un golpe de mano nos apoderamos de la ciudad y les damos la entrada a los villistas. Si fracasamos nos vamos al monte con ellos.

Ángeles: ¡Y sus jefes, coronel?

Bautista: ¡Mis jefes . . .? Usted está contra los jefes, general y yo también. He tenido muchos y todos me han dado la orden de matar. Los he visto subir, fusilar y luego caer fusilados . . . ¡Como usted, general, si no se decide! [Se produce un silencio.]

Bautista: ¡Sabe, general, lo que nos importan los jefes? ¡Un salivazo!

Ángeles: [Lo mira asombrado.] ¡Pobre General Villa! . . .

Bautista: Acepte mi proposición, general.

Ángeles: No creo en la fuerza . . .

Bautista: Con razón el General Escobar dice que es usted un suicida.

Ángeles: ¿Un suicida? . . . No, se equivoca. Un suicida es un error.

Bautista: Usted cree que todavía llegará el amparo.

Ángeles: No lo sé . . .

Bautista: No sea inocente, general, y acepte lo que le propongo; así nos cobraremos lo que nos han hecho. Es la única manera de empezar de nuevo, como usted decía antes.

Ángeles: Pero no así, Coronel Bautista. Empezar de nuevo significaría cambiar el crimen por la fraternidad, la muerte por la vida, los disparos por las ideas, la anarquía por la conducta, a mí por el otro.

Bautista: Tiene usted razón y no la tiene. ¡Lástima que no podemos hablar más largo, su tiempo es ya muy corto, general. Hay que abrirle una puerta que lo alargue, que lo conduzca al campo, en donde lo aguardan sus compañeros, no el pelotón de fusilamiento.

Ángeles: No me haga soñar, coronel.

Bautista: ¡Cuál es su respuesta?

Ángeles: [Ausente.] ¡Cuál respuesta?

Bautista: No me creyó. Nadie me cree. ¡No se da cuenta General Ángeles de que también yo estoy preso? ¡No se da cuenta de que también yo me quiero escapar?

Ángeles: Nadie se escapa, Bautista. La huida es una ilusión y en este caso no creo que valga la pena el riesgo.

Bautista: No hay riesgo, general. Todos los generales del Consejo de Guerra se fueron hoy mismo de Chihuahua. Sólo quedó Escobar . . . no sé para qué se quedaría ése, pero es lo de menos. Yo soy el encargado de fusilarlo. Mi cabeza depende de la suya. ¡Ve, general? Sin proponérnoslo, nos columpiamos del mismo mecate por encima de la muerte. ¡Y quiero corrérme la con usted!

Ángeles: Usted es el único que se la corre, Bautista, mi vida ya está perdida.

Bautista: Hace más de una hora que anunciamos que usted sería fusilado en el cerro de Santa Rosa y a estas horas todos sus partidarios van hacia allá; pero usted debe de ser fusilado en el interior de este teatro.

Ángeles: ¡El Gobierno sabe hacer las cosas!

Bautista: ¡Sabe y no! A mí no me preguntaron si quería fusilar a Felipe Ángeles en un patio del Teatro de los Héroes . . . con balas expansivas.

Ángeles: ¿Con balas expansivas? . . . No veo el objeto . . . ni veo el motivo de sus palabras . . .

Bautista: ¿No ve, general, que yo también quiero volver a ser lo que fuí. Yo no entré a la Revolución para fusilarlo a usted, un revolucionario, con balas expansivas. Esta Revolución es una víbora que empezó a silbar muy de mañana y que a estas horas ya se enroscó y se muerde la cola para asfixiarnos a todos. ¡Hay que descabezarlal! Los generales del Consejo de Guerra también le tienen miedo.

Ángeles: Es que si no matan, mueren.

Bautista: Acepte mi proposición, general. Los guardias me obedecen. Si prefiere, para menos riesgo, lo saco disfrazado.

Ángeles: [Pensativo.] ¿Y usted cree, coronel, que podemos deshacer el círculo de la serpiente?

Bautista: ¡Seguro que podemos! Pero hay que dispararle a la cabeza, para que nunca más vuelva a oprimirnos su círculo de sangre fría que pide sangre tibia. ¡Decídase, general, apenas nos queda tiempo!

Ángeles: El tiempo, el tiempo, siempre el tiempo . . . Quizás, coronel, el tiempo nuestro se ha gastado y empieza ahora un tiempo nuevo . . . imprevisible. Tal vez el tiempo es algo finito . . .

Bautista: No divague, general. Hay que actuar ahora mismo para que nos quede algo de la noche, por si debemos de salir al monte.

Ángeles: Si Escobar está en Chihuahua, tan pronto como se entere de nuestra fuga se pondrá al frente de las tropas para aniquilarnos.

Bautista: [En voz muy baja.] No le daremos tiempo. Antes de salir puedo romper el primer anillo de la víbora. ¡Yo, general, quiero dar el primer balazo! Le garantizo que no será Escobar el que me madrugué. [Alguien llama a la puerta. Ángeles y Bautista se miran. Bautista se acerca a la puerta. Ángeles continúa sentado, con aire ausente. Insisten en el llamado.]

Voz de Escobar: [Desde afuera de la puerta.] ¡General Ángeles!

[Bautista cerca de la puerta mira a Ángeles, éste levanta con fatiga la mano para hacer la señal de dejar pasar al visitante. Bautista adopta la actitud de que está alerta para cualquier orden muda.]

Voz de Escobar: [Desde afuera de la puerta.] General Ángeles, ¿me permite pasar?

Ángeles: [Sereno.] ¡Adelante, General Escobar!

[Bautista abre la puerta, mira al visitante con intensidad y permanece junto a la puerta abierta en actitud alerta. Cuando Escobar entra el coronel permanece junto a la puerta y continúa en la misma actitud. Escobar viene limpio, se nota que se acaba de bañar. Todo él resplandece de pulcritud.]

Escobar: [Dirigiéndose a alguien que lo sigue.] ¡Anda, pásale, no te achiques! [Entra un camarero con una bandeja llena de viandas y cubierta con una servilleta albeante. Ángeles permanece impasible.]

Escobar: Buenas noches, General Ángeles. ¿No incomodo?

Ángeles: [De pie.] No, General Escobar. [Escobar recoge de la mesa pluma, tintero y papel.]

Escobar: [Al camarero.] ¡Déjala aquí! Ya puedes irte. [Escobar saca dinero de su bolsillo y se lo da al camarero que mira fascinado a Ángeles.]

Camarero: [Cogiendo maquinalmente la propina.] Buenas noches, mi General Felipe Ángeles.

Ángeles: [Lo mira tratando de reconocerlo.] Buenas noches . . . nos vimos mucho en un tiempo, muchacho.

Camarero: Sí, mi general, yo combatí bajo sus órdenes en la toma de Torreón y en la de Zacatecas; luego pasé a la brigada del General Saúl Navarro y con él estuve hasta que lo mataron. Siempre fui villista y soldado raso.

Ángeles: Parece otra vida y hace sólo unos años . . .

Camarero: Era otra vida, mi general. Me di de baja después de la peregrinación que hice por toda la frontera con el cuerpo de mi General Saúl Navarro. Carranza no lo dejaba entrar ni muerto, pero lo metimos y está sepultado aquí en Chihuahua.

Ángeles: Está bien quedarse aquí. En Chihuahua han quedado tantos valientes. [El camarero se cuadra ante Ángeles.]

Camarero: Para Chihuahua es usted el glorioso Felipe Ángeles.

[El hombre sale de prisa, se produce un silencio. Bautista permanece junto a la puerta cerrada, mirando a Felipe Ángeles, que ahora tiene una actitud ausente.]

Escobar: General, aquí me tiene, un amigo siempre es necesario en momentos como éste . . . si en algo puedo serle útil.

Ángeles: [Desconcertado.] ¿Útil? . . . Ya vi General Escobar todo lo útil que puede serme usted: me condenó a muerte.

Escobar: ¡Compréndame, general, con el dolor de mi corazón tuve que dar ese paso!

Ángeles: ¡Ah!

Escobar: No quise dejarlo solo, general . . . me permití traer esta modesta cena para compartirla con usted. [Bautista inmóvil es-

pera una señal de Ángeles. Felipe Ángeles lo mira impasible.

Luego a Escobar.]

Ángeles: Siéntese, general, le agradezco infinitamente su atención.

[Escobar ocupa una de las dos sillas de pino que hay en la celda.]

Ángeles: [A Bautista.] Usted, coronel, haga el favor de sentarse aquí con nosotros. [Bautista avanza hasta tocar el respaldo de la silla vacía. Hace esto contra su voluntad. Ángeles se dirige al catre de campaña que hay en la celda y se sienta en el borde.]

Bautista: Gracias, general, prefiero estar de pie.

Escobar: [Levantando la servilleta que cubre la bandeja y en la cual se ven dos cenas abundantes.] Pero . . . ¿no va usted a acompañarme?

Ángeles: Lo siento, pero mi estómago no resistiría ningún alimento. [Escobar vuelve a cubrir la bandeja.]

Escobar: ¡Compañero, yo quisiera que usted me comprendiera! Nada me dolería más que no lograr desvanecer este equívoco que ha surgido entre nosotros.

Ángeles: ¿Equívoco? . . . General, no comparto sus escrúpulos.

Escobar: ¡Caray, General Ángeles, quisiera que estuviera usted en mi pellejo!

Ángeles: [Se echa a reír.] ¿Lo dice usted en serio?

Escobar: ¡Claro que sí! . . . Usted sabe, general, que siempre hay dos situaciones: la pública y la privada. Soy su amigo y usted va a morir; y yo debo explicarme con usted, como usted haría conmigo, si yo estuviera en esta celda. Como hombre público al servicio de un régimen he tenido que condenarlo a muerte. Como amigo, estoy aquí para testimoniarle mi afecto y admiración.

Ángeles: Perdón, Escobar, pero no entiendo su actitud. Si me rezo la muerte y usted así lo dictó, no debe darme explicaciones, y su presencia en esta celda de condenado a muerte es una crueldad.

Escobar: [Poniéndose de pie.] ¡Nada más lejos que pretender herirlo! Créame que obro impulsado por mi corazón, que soy su amigo.

Ángeles: ¡Mi amigo!

Escobar: Yo no soy responsable de su muerte. Era imposible salvarlo, general, y le aseguro que hice todo lo posible . . . Usted es víctima de las circunstancias . . . además había órdenes.

Ángeles: ¿Órdenes? No creo en las órdenes.

Escobar: Ya lo sé, general. Y tiene usted razón. Si hubiera usted

seguido las órdenes de Carranza, cuando le ordenó que dividiera a la División del Norte y que no tomara Zacatecas, todavía estaría Victoriano Huerta en el poder, pero usted desobedeció, tomó la plaza y ganó la Revolución. Usted, General Ángeles, se dio cuenta desde entonces, de que Carranza estaba dispuesto a sacrificarlo todo, hasta el triunfo, si no era él la primera figura. A usted lo temía más que a ninguno de nosotros, porque era un rival involuntario y demasiado brillante. Y él ya había calculado erigirse en jefe de todos . . . pero, general, si lo hubiera usted obedecido, no estaría en esta celda . . . De modo que no tiene razón.

Ángeles: Cada quien actúa de acuerdo con su conciencia y es responsable de sus actos. Yo desobedecí y tomé Zacatecas para evitar batallas inútiles. Ahora, General Escobar, no le tomo cuentas a su conciencia, ni le reprocho su obediencia.

Escobar: ¿Mi obediencia? Pero, ¿no ve usted que obedezco y desobedezco? Yo, como Gonzalo Escobar, soy su amigo aunque no lo entiendo. Pero como el General Escobar, no tengo más remedio que condenarlo porque la Revolución y sus jefes lo condenan.

Ángeles: Entiendo, general, usted tiene dos conciencias, una privada y otra pública; a la primera la absuelve la segunda y a la segunda la de un tercero. Después de esta transacción no veo de cuál de las dos conciencias pueden brotarle los escrúpulos que lo traen a esta celda.

Escobar: General, ¿no quiere entender que yo como todos soy dos?

Ángeles: [Lo ve con tristeza.] Sí, el hombre es múltiple, pero también es uno. Uno y dueño de sus actos y no puede entregar su destino en las manos de un tercero sin volverse un siervo, un cómplice o un autómata.

Escobar: ¿Usted me considera un siervo? ¿Usted que sabe que luché por la libertad y por la Revolución?

Ángeles: No me hable de libertad, Escobar, cuando acaba de decirme que no es libre de sus actos. De esta Revolución no han surgido hombres libres. Ni siquiera el Primer Jefe, él es el más esclavo de todos ustedes, porque es el que tiene más miedo. El miedo es el peor consejero, no aconseja sino crímenes. Detrás de cada dictador hay un potencial de miedo infinito.

Escobar: ¡No siga, General Ángeles! Sus palabras me lastiman, como lastimaría a cualquier revolucionario. Hace usted mal en hablar así. Hizo usted mal en hablar con esas palabras a los jefes de la Revolución. Hace años que comete el mismo error, era fatal que llegara esta noche . . . usted solito, general, ha cavado su tumba.

Ángeles: Lo sé, y no me arrepiento. Son mis palabras y no mi espada, rota por mí hace mucho tiempo, las que me matan.

Escobar: ¿Y de verdad la rompió, general, o simplemente se negó a ponerla al servicio de nadie, sino al suyo propio? En el Consejo de Guerra esta pregunta me atormentaba.

Ángeles: Mi espada nunca estuvo al servicio de nadie, sino al de unos principios, que cada día se fueron haciendo más claros, hasta que al final, ya no necesité de la espada, porque ellos se volvieron un arma más poderosa. Entonces, cambié a la espada por la palabra.

Escobar: ¡Que grave error en un hombre tan inteligente! La espada es el poder. ¡No ve a tantos leguleyos plegados a la voluntad del Primer Jefe!

Ángeles: El terror es el arma de los débiles; a la espada más cruel se le vence con la palabra, que es más poderosa.

Escobar: ¡No se engañe, General Ángeles! Cuando usted habla de justicia parece que tiene razón, pero no la tiene, porque carece de la fuerza para imponerla. ¿Y qué es la justicia sin el poder?

Ángeles: ¿No se da cuenta, compañero, de que la justicia está por encima del poder y de que no necesita ninguna circunstancia temporal?

Escobar: Yo no creo en la justicia de esa manera. Usted no va a morir, perdónelo lo que voy a decirle, víctima de una injusticia, sino por obra de una justicia superior que usted se niega a aceptar.

Ángeles: Usted, en lo único que cree es en la fuerza. ¿Y si ahora en este momento, un grupo adicto a mí, entrara en esta celda y lo asesinara, usted admitiría esta justicia? Todo es posible, General Escobar. [Escobar lo mira atónito, luego mira a Bustista, que lo mira con fijeza.]

Escobar: ¿Un grupo adicto a usted? . . . No tendría fuerza suficiente para asesinarme, general.

Ángeles: ¿Por qué no?

Escobar: Porque sería un grupo reaccionario, sin raíz en el pueblo . . . condenado a fracasar en unas horas. La Revolución ganó. ¿O quiere usted que volvamos a la bola, al desorden, que sea otra vez la reacción quien gobierne? Si ganamos, general, ganó la revolución!

Ángeles: La bola no es la Revolución ni la voluntad arbitraria de los jefes es la justicia. General Escobar, usted y sus amigos no son la Revolución. Por eso yo, en este momento puedo aceptar que mis partidarios lo fusilen en mi lugar y también su muerte sería en el nombre de la Revolución. Todo es válido

después de que usted y sus amigos han traicionado a la Revolución que era la Convención.

Escobar: [Nervioso.] No creo que hable usted en serio . . . Además usted es el único que no haría eso, porque usted está en contra de la violencia y no cree en el poder . . . yo se que es usted incapaz de aprovechar a la gente que vigila el teatro para vigilar su vida . . .

Ángeles: Quién sabe . . .

Escobar: Yo lo sé. Usted siempre fue el mismo, por eso siempre me dije: el General Ángeles acabará mal, por llenarse la cabeza de dudas y de palabras.

Ángeles: Sí, siempre fui el mismo y siempre combatí para oponerme a lo que ustedes están haciendo ahora: reducirnos al estado de tribu, con un sacerdote mágico a la cabeza, pronunciando fórmulas sin sentido dizque para remediar los males de su pueblo. Yo combatí, compañero, para acabar con los brujos del poder y sus profecías ininteligibles. Y creo que ahora hay que empezar a combatir de nuevo.

Escobar: [Nervioso.] ¡Mi general, parece increíble que haya sido usted un jefe revolucionario! ¿Qué ya se le olvidó cómo se nombran los ejércitos? ¡Soy gente de Francisco Villa! ¡Soy gente de Carranza! ¡Soy gente de Felipe Ángeles! ¡Y están dispuestos a morir por uno! Y si usted está aquí, es porque se quedó sin gente. Por eso, perdone que se lo diga, no es grave matarlo ahora. ¡Qué distinto hubiera sido antes! ¡Nadie se hubiera atrevido ni siquiera a pensarlo, porque estaba toda la División del norte con usted!

Ángeles: La gente, general, está con los que estamos con ella.

Bautista: [Dando un paso adelante.] ¡No ha visto, General Escobar, al pueblo de Chihuahua?

Escobar: Sí, lo he visto . . .

Ángeles: Pero usted sigue creyendo, general, que no es grave matarme ahora porque no tengo gente armada, porque estoy vencido . . . Y yo le digo, compañero, que el acto más grave que puede cometer el hombre es el de matar. Las consecuencias de un crimen son incalculables. Recuerde que la Revolución se desató por un crimen.

Escobar: ¡Es cierto que ese crimen nos descabezó!

Ángeles: No, general, no porque nos descabezó. Madero no era un jefe. Madero pensaba que todos éramos iguales, por eso todos nos sentimos asesinados cuando lo mataron a él. Le aseguro que no ocurriría lo mismo con su muerte, ni con la de Carranza.

Escobar: ¡Baje a la tierra, general! ¡Cómo me duele ver que usted se va a morir por unas palabras! Y a las palabras se las lleva

el viento. A mí, General Ángeles, me da tristeza que usted muera por unas palabritas.

Ángeles: Nada existiría si antes no le hubiera dado forma la palabra. Si muero será por las palabras, por la palabras que no se lleva el viento, compañero.

Escobar: ¡Usted está ciego! Y pensar que era usted el hombre que necesitábamos. La gran cabeza. Todos estábamos dispuestos a seguirlo. Su primer error fue no tomar el poder. Y luego hablar, hablar cada vez más solo, cada vez más para usted mismo . . . ¿quién lo ha oído? ¿Quién lo ha seguido?

Ángeles: No sé si alguien me haya oído, pero lo que sé es que hay que hablar en este cementerio en el que ustedes han convertido al país, en donde sólo se oyen gritos y disparos. Ya sé que hablar aquí es el mayor de los delitos; aquí en donde el terror ha reducido al hombre al balbuceo. Pero yo, general, no renuncio a mi calidad de hombre. Y el hombre es lenguaje. Y óigame bien, General Escobar; lo único que deseo es que hablen todos, que se oiga la voz del hombre, en lugar de que el hombre se ahogue en crímenes. Hay que hablar, general, aunque nos cueste la vida. Hay que nombrar a los tiranos, sus llagas, sus crímenes, a los muertos, a los desdichados, para rescatarlos de su desdicha. Al hombre se le rescata con la palabra.

Escobar: Aquí hablamos todos.

Ángeles: Aquí repetimos todas las frases oficiales, que nacen muertas de los labios de los jefes. El pueblo no ha hablado todavía.

Escobar: ¿Y la Revolución?

Ángeles: La Revolución empezó como un ruido para aturdirse en la desdicha, luego ustedes la amordazaron con el terror.

Escobar: Reniega usted de la Revolución. Ahora veo claro por qué van a matarlo. ¡Y si para alguien fue fácil acomodarse fue para usted!

Ángeles: Yo ya encontré mi acomodo.

Escobar: Perdone, general, no quise ofenderlo . . . pero, se nos volteó.

Ángeles: No, me quedé con los convencionistas . . . y no para ganar.

Escobar: Eso es lo que me tristece, porque lo admiro. Comprendo que hay gente que juega para perder.

Ángeles: No se pierde nada. Yo no jugué para perder, ni para ganar. Yo luché por unas principios. Lo que usted llama triunfo, para mí es una derrota. Mi muerte es una derrota más de la Revolución, una derrota de ustedes los que me matan . . .

Escobar: ¡De verdad que es usted valiente! Siempre lo fue. To-

dos admiramos su sangre fría. Cuando les cuente a los compañeros esta última noche me la creerán porque se trata de usted. ¡Yo que venía a acompañarlo en estas últimas horas! Pensé que se le harían muy largas.

Angeles: [Se echa a reír] ¡Largas! ¡No soy tan despilfarrado, General Escobar! Apenas me queda tiempo para pensar un poco en lo sucedido. Tengo que hacer mi balance final, encontrar una explicación a lo que me atormentó durante años.

Escobar: Entonces, será mejor que me retire. ¿Cree usted que debo regresar más tarde?

Bautista: ¡Regresar!

Escobar: ¡No sé qué hacer! Todo esto es muy terrible. Le debería pedir perdón pero no puedo . . . y lo que más me entristece es que no logré deshacer el equívoco.

Angeles: También para mí esto es muy triste . . . Pero ya es tarde de hasta para hablar.

Escobar: ¿Quién me iba a decir a mí, Gonzalo Escobar, que el General Felipe Ángeles iba a morir fusilado por la Revolución? ¿Y que iba yo a pasar la última noche con él? ¡Cómo da vueltas el mundo!

Angeles: [A Bautista.] El círculo está cerrado para siempre.

Escobar: [Sacando un papel y una pluma.] ¿Quiere usted firmarme este papel? No quiero olvidar nunca esta noche.

Angeles: Lo que usted pida.

[Ángeles se inclina sobre la mesa y escribe. Luego tiende el papel a Escobar.]

Escobar: [Al terminar de leer.] Es usted un hombre de ideas propias. [A Bautista.] A que nunca conoció a un hombre más inteligente. [A Ángeles.] ¡Cómo quisiera que nada de esto hubiera ocurrido! Borrar estos años, volver todos juntos a la sierra . . .

Angeles: ¡Volverán esos años! . . . El tiempo es uno . . .

Escobar: [Irguiéndose.] ¡Adiós mi general! . . . ¡Lástima que no fuera cierto lo de sus partidarios, me hubiera pasado con usted. Nunca hubiera usted dictado mi sentencia de muerte, no lo habría usted necesitado.

Bautista: ¿Está usted seguro?

Escobar: Tanto, como que me llamo Gonzalo Escobar. Conozco al general hace mucho tiempo, coronel. El hombre no cambia. Eso es lo único que he aprendido en mis 28 años. [Escobar abraza a Felipe Ángeles.]

Escobar: ¡Hasta pronto, mi general!

Angeles: Adiós, General Escobar. [Escobar sale. Ángeles lo ve

salir. Luego, con infinita tristeza, baja la luz de la celda y queda indeciso. Da unos pasos.]

Angeles: ¡Qué cansado estoy! ¿No va a terminar nunca esta terrible noche? [Bautista, mudo, lo ve dar unos pasos por la celda, luego acercarse al catre, taparse con la cobija y cubrirse la cara con las manos.]

Angeles: ¡Hace frío! . . . Y tanta palabra. Y todas rebotan contra un muro. ¿Nadie entiende el idioma que yo hablo? Nadie te entiende, Felipe Angeles. ¡Mírate ahí!, tumbado en el catre de los fusilados. Escupiendo tus dientes rotos por las balas. Con la lengua sangrando a fuerza de llamar y llamar a alguien. Con los ojos abiertos al horror del último cielo. ¡Ese era el cielo, azul, tendido, que amparaba mi infancia allá en Hidalgo! El mismo cielo que escuchaba al aire girar adentro de su bóveda y al ruido acompañado de los frutos columpiándose. Debajo de ese cielo había mi casa; había mi padre; había mi patria llamándome: ¡ven aquí, niño Felipe Angeles, no escapes a la ardua tarea de darme forma! ¡Mirame aquí en el mapa, con mi silueta rosa de cucuricho de domingo desparramando limas, capulines, jícamas! ¡ven aquí, niño Felipe Angeles, ata un cordelito a mi cola de cometa y házme subir al cielo como un papalote, con su cauda de frutos de colores! No me abandones, niño Felipe Angeles. Paséame por las sierras, enséñame a conocer el cauce andrajoso de mis ríos. No me dejes que me olvide de mis ciudades olvidadas: Colima, Chetumal, Campeche, se me escapan. Atada a su dedo, niño Felipe Angeles, házme navegar por mis cielos. Abajo tú, guiándome, enseñándome a mí misma, asomándome a la profundidad submarina de mis valles. ¡Tú a caballo, Felipe Angeles! ¡A caballo vomitando fuego! Buscando la palabra que me apacigüe. ¡En dónde está mi gente? Yo solo oigo el correr de las lágrimas de los que no me ven y me maldicen. Oigo sus pasos descalzos, apagados, gastando las piedras. ¡No me abandones, niño . . . !

¡Aquí estoy yo, Felipe Angeles, aquí estamos los dos, tú pegada ahora a las piedras de este techo de prisión, encarcelada conmigo. Cuando mi dedo engarruñado por la muerte no aprisione más este cordel, no dejes que lo separen de mi mano, hasta que otra mano predilecta tuya, te arranque y te lleve con la piel de mi mano muerta . . . ¡Niño Felipe Angeles, te busca tu papá! No quiere que sigas jugando en las peleas de gallos . . .

¡Yo galopo, yo batallo, yo lloro al ver llorar al hombre que me sigue en la noche! Arriba de mí, cruzando las sierras, una forma rosada me sigue . . .

Díganle a mi padre que no se ocupe de mi muerte. Que moriré aquí, con mi uniforme de cadete, con mi compás en la

mano, haciendo círculos redondos como el mundo y sus frutos.

¡Allí en un rincón está mi madre mirando un papalote! De sus ojos salen todos los ríos: el Lerma, el Papaloapan, el Mexcala. De sus hombres enlutados salen los ojos tristes que me miran en las batallas antes de morir. ¡Aquí está, mirenla todos! Llorando el pecho abierto de su hijo. Recogiendo su sangre que se escapa en las losas del patio de los ajusticiados. ¡Recógeme, forma rosada, no me olvides, házme un lugar en tu memoria! ¡Tú que anduviste posada en mi hombro como una paloma, en los cuarenta y siete años que me permitieron verte! ¡Llora Felipe Angeles! ¡Llora por tí, antes de que tus lágrimas desaparezcan de esta tierra regada por las lágrimas! ¡Llora igual que Madero lloró antes de que lo sacaran para su asesinato! Para que luego digan: Madero era un tonto, Angeles era un tonto. De las lágrimas tontas de los tontos nacen manantiales de los que surge la frescura de la patria. [Ángeles *solloza*.
Bautista se le acerca. *Hay un silencio.*]

Bautista: General, ¿puedo ayudarlo en algo? . . . Tómese un trago . . .

Ángeles: ¡Lo oyó usted? . . . Yo oí el llanto de Madero esa noche, antes de que tuviera que vestirse para que lo mataran . . . Las palabras son inútiles. Usted lo oyó, coronel . . .

Bautista: ¿A quién, mi general? ¿A Escobar?

Ángeles: No era Escobar. Eran todos estos cadáveres voraces. Yo me voy, me voy al reino de los vivos, de las palabritas, como dicen ellos. De ahí llegaré a la ciudad intocada por su baba. Allí no encontraré estatuas de ladrones, ni avenidas manchadas con el nombre de los réprobos. Me voy a vagar por la gran patria de las ideas. Me voy a la palabra concordia.

Bautista: ¡Cálmese, general!

Ángeles: Estoy en calma.

Bautista: Nunca supe por qué peleaba, y esta mañana cuando lo oí hablar me di cuenta de que había andado a ciegas y me entró rabia. Pero siempre la tuve, sólo que no sabía por qué. Ahora quiero disparar en sus cabezas las balas que han preparado para usted. ¡Ayúdeme! También yo quiero llevar el papalote rosa, encima de mi cabeza guiándome en la noche, como un farol de feria.

Ángeles: No necesita de mí, usted también lo lleva, coronel.

Bautista: Mientras estuvo aquí Escobar, esperé su señal para darle. ¿Qué me hubiera durado? . . .

Ángeles: No se puede fincar nada sobre un charco de sangre.

Busque la tierra firme, búsqüela adentro de usted mismo.

Bautista: Yo no soy usted, mi general. Yo soy los otros. Soy el

montón. El montón de pobres que ellos acumulan... Usted dijo en su jurado: sólo la sangre es fértil...

Ángeles: La sangre de los mártires.

Bautista: Esa se evapora pronto, la tierra de México es muy caliza y se la traga pronto, nadie la recuerda, es la sangre de los pendejos. ¡Quédese aquí, general, dé la pelea! ¡No le gusta vivir!... [Hay un silencio.] No, usted ya se me fue. Ya no es de este mundo y por más que le hable, no lo podré traer aquí conmigo, a esta noche del 26 de noviembre de 1919, que es la última noche que le queda.

Ángeles: Al encuentro de esta noche vine. Estaba lejos y una voz me llamaba: Felipe Ángeles, no pierdas tus pasos en estas calles extranjeras, gastadas por tus pies de tanto andarlas. Ven cerca de mí, habla con tus compatriotas, despiértalos del sueño de los homicidas. Y me vine a detener el crimen. Y aquí estoy esperando...

Bautista: Entonces renuncia, general. Me deja. Nos deja.

Ángeles: Renuncio a despojar a mis ojos del cielo fijo de los fusilados. Ese es mi cielo. Ese es el cielo de los mexicanos: inmóvil, aterrado a las seis de la mañana. Ese es el cielo que me aguarda. Quizás así logre detener el horror y después el cielo vuelva a girar dulcemente sobre la cabeza de mis hijos y el cucurucu rosa de mi tierra flote como una nube. [Llaman a la puerta. Bautista abre. Es la señora Revilla. Lleva en la mano un gancho de ropa del cual pende un traje de civil color negro, una camisa blanca y una corbata también negra. En la otra mano, un par de zapatos negros de hombre.]

Señora Revilla: [Titubeante.] General, traigo esta ropa negra... es nueva, no quiero que vaya así, delante de los soldados. [Bautista se adelanta y recoge las ropas de manos de la señora y las coloca con cuidado sobre una de las sillas de pino.]

Bautista: [Con los ojos bajos.] Con su permiso, general. [Sale.]

Ángeles: Mi ropa para morir. Se acordó usted, señora, de la acusación que me lanzaron: hay que ir limpios a la muerte. Lo creo, señora, y no por catrín como dijeron ellos, sino porque creo en el orden de las almas y de los cuerpos, reflejo del orden del Universo... Por eso trataba de presentarme limpio en los combates.

Señora Revilla: No se preocupe por lo que ellos digan, general.

Ángeles: También somos la imagen que tienen de nosotros los demás. Es terrible descubrir todo en el último momento... ¿qué hice en tantos años como tuve? ¿Por qué no fui el que debía haber sido?... se hubieran evitado tantas lágrimas...

Señora Revilla: [Conteniendo el llanto.] ¿A quién le importa que lloremos?

Ángeles: ¡Cuánto silencio!

Señora Revilla: El telégrafo sigue mudo... sin respuesta.

Ángeles: Este silencio no se va a romper nunca. Para romperlo sacrificué tantas cosas... Dentro de un rato va a morir un hombre que fracasó, y ese hombre soy yo... Me cuesta trabajo no llorar sobre mí mismo. No llorar sobre Clara, mi mujer, sobre mis hijos... Es mejor que no los hayan dejado cruzar la frontera. En su presencia me hubiera sido imposible morir.

Señora Revilla: Llore, general...

Ángeles: Les he escrito una carta. Me preocupa que mi muerte frente al paredón los llene de rencor por su patria. Pero usted dígales que tener una patria, a veces, es tener un paisaje apacible y a veces un paredón de fusilamiento.

Señora Revilla: Guardé intactas sus palabras para dárselas.

Ángeles: Dígales que yo no muero porque mi patria me repudie, sino por un exceso de amor entre ella y yo. Y que prefiero este final encarnizado a una muerte extranjera. Dígales que no olviden el color de su luz, ni sus montañas infinitas, tan caminadas por su padre. Que aprendan a leer sus noches. Esas noches solitarias que me han dado fuerzas para morir. Su silencio me enseñó la triste suerte del hombre, que no encuentra respuesta sino en el ruido y la matanza.

Señora Revilla: General, también yo he buscado una respuesta sin hallarla. Al despertarme en las mañanas, con la luz del sol, leía en la palma de mi mano el destino inútil del hombre. Ahora todo será distinto, desde la inmovilidad de mi casa, la palma de mi mano será la superficie de la tierra; por ella iré andando acompañada por usted, escuchando sus palabras a través de las sierras y de las ciudades destruidas por el odio.

Ángeles: Un día todo entrará en orden armonioso distinto al orden de la violencia. No lo veré yo... pero tal vez Clara lo alcance, y me perdone el que ahora la deje en este abandono: sola, sin dinero, en una ciudad extranjera, y con tres niños... nunca pensé en ella tanto como en estos minutos... Ella es así, no quiere nada que yo no quiera. No quería existir sino como una parte mía... y ahora me doy cuenta de que ella siempre fue yo mismo. ¡Morirá conmigo!... Esto es un consuelo egoísta... Clara va a seguir viviendo para pagar mis errores...

Señora Revilla: No me diga eso, general... todavía podemos esperar un milagro...

Ángeles: Este milagro no se va a producir, señora. Usted, Clara y yo lo sabemos en estos instantes terribles, en que nuestro corazón se inflama de un amor que va más allá del amor, porque es irremediable y son los últimos instantes que tenemos

para sentirlo . . . Dígale, señora, que siempre la amé. Que cuando descifraba las inexpugnables sierras, descifraba también el misterioso destino que la trajo hasta mí, desde las selvas de pinos de Alemania . . . Y que mientras las sierras crecían delante de mí, una detrás de la otra, como obsesión infinita, diciéndome siempre: eres pequeño, estás solo frente a ti mismo, el único consuelo me lo daba la gracia de una flor, inocente como su rostro, al que ya no veré más . . .

Señora Revilla: General . . . el amor es tan poderoso que puede producir milagros, y tal vez ese traje negro se quede colgado ahí como una pesadilla . . . El abogado Gómez Luna ha ido a los pueblos vecinos a buscar un telégrafo . . .

Ángeles: No tengo esperanzas . . . Si al menos mi muerte sirviera de algo . . . con un hombre que se viera en mi sangre mi muerte no sería inútil . . .

Señora Revilla: Hay muchos años por venir. Muchos cruces de caminos. Muchos hombres por nacer, habrá alguno que busque sus huellas y las vuelva otra vez vivas en el tiempo. [Llaman a la puerta.]

Voz de Bautista: General . . .

Ángeles: Pase, Coronel Bautista, [Entra Bautista.]

Bautista: [Sombrio.] Afuera está el Padre Valencia . . . [Ángeles va a decir algo, pero la señora Revilla interviene.]

Señora Revilla: Yo lo mandé llamar. Sé que usted no es creyente, pero quizás pueda ayudarlo en algo.

Ángeles: [Jovial, saliendo al encuentro del Padre.] Pase, pase usted, padre. [Entra el Padre Valencia, afuera se perfila la luz del amanecer.]

Padre Valencia: La Señora Revilla me rogó . . .

Ángeles: Entre usted, padre, siéntese. [La Señora Revilla se pone de pie.]

Señora Revilla: General, los dejo, estaré afuera esperando, esperando a ver si nos hacen el milagro . . . ¿Nos oirán padre?

Padre Valencia: Hay alguien que nos oye siempre. [La señora Revilla sale.]

Ángeles: Vaya usted con mi amiga, padre. Yo estoy tranquilo.

Padre Valencia: Déjela sola. La salud en el hombre viene de saberse solo.

Ángeles: Todos estamos tan horriblemente solos . . .

Padre Valencia: Dios está con nosotros.

Ángeles: No quisiera engañarlo, padre; no creo necesitar su ayuda. No me interprete mal, su presencia no me incomoda y podríamos conversar unos minutos. [Mira la luz que se filtra.]

Ya está amaneciendo . . . esta noche ha sido larga y extraña.

Padre Valencia: A eso vine, general, a que la extrañeza que

siente ahora al enfrentarse con su destino se convierta en comunión y muera reconciliado.

Ángeles: Estoy en paz, padre. Sé que como todos los hombres no estoy exento de errores y de crímenes . . . tal vez la misma vida es un error y sólo la muerte es la perfección, porque ahí cesa el combate, el deseo, el fuego que nos consume. Esta noche me ha dado la extrañeza de la calma. Si dentro de unos minutos logro ser digno frente al paredón, conoceré por un instante la eternidad. Eso es todo lo que espero.

Padre Valencia: General, ¿no teme usted el juicio de Dios?

Ángeles: No, no lo temo. Ese Dios vengador es el espejo de nuestro miedo. Yo no tengo miedo, si acaso . . .

Padre Valencia: [Interrumpiendo.] ¿Cómo puede negar a Dios en el límite de sus días? El orgullo lo ciega y lo lleva a juzgar a Dios con esas terribles palabras.

Ángeles: [Riendo.] No lo niego, ni lo juzgo, padre. Rechazo esa imagen suya hecha a la medida de nuestras imperfecciones. Creo en la divinidad de la Creación, y creo que nuestra presencia aquí en la tierra tiene algún sentido. Todo está tan lleno de misterio: los astros, las plantas, el cielo, la muerte.

Padre Valencia: Si esas preguntas las dirigiera usted a Dios, todo para usted se volvería claro y transparente como un manantial.

Ángeles: Para mí, padre, Dios es mi semejante, los árboles, los animales, usted, yo. Dios es lo que mueve la vida y la muerte. Dios es el orden, la justicia. Por eso fui revolucionario y muero siéndolo, porque quise y quiero que en este país haya un remedo de justicia. Y usted que pertenece a la Iglesia debería comprender que mientras la gente viva en la abyección y en la injusticia, no podrá sino creer, en un Dios limitado, que la priva hasta de la dignidad de ser hombre. Y digo esto impulsado por la fraternidad . . .

Padre Valencia: Lo sé, general, yo soy un cura pobre y amigo de los pobres. Pero no hable ahora de política. Esta vida es un sueño, lo espera la otra, la verdadera.

Ángeles: Nada sé de la otra vida. Si existe, debe ser un acuerdo milagroso con la creación.

Padre Valencia: ¿No siente usted en esta celda la presencia de la vida y la muerte girando como dos cometas? La muerte es una nueva luz. Es la eternidad, la indecible presencia de Dios. Todas sus palabras, sus actos, sus pensamientos, desaparecen frente a este misterio. El tiempo que le queda, general, apenas le basta para deponer sus armas ante la verdad que va a descubrir.

Ángeles: Para mí el tiempo ya no corre. Y este diálogo es irreal.

Las palabras avanzan en un espacio sin tiempo, sin sucesos, en la paz. Moriré tranquilo.

Padre Valencia: Morirá usted ciego, a oscuras. Morirá usted como un animalito.

Ángeles: Padre, ¿no se da cuenta de que lo que necesito no es un sacerdote, sino alguien que me explique cómo un hombre que ama tanto la vida no tiene miedo de morir? [Se oyen pasos de soldados que marchan. Un clarín. Tambores.]

Ángeles: [Irguiéndose.] Para mí, padre, ya llegó la verdad, la respuesta que todos buscamos.

Padre Valencia: [Comovido.] Dios lo perdone, hijo mío.

Ángeles: [Alisándose los cabellos y tratando de poner en orden sus ropas viejas.] Estoy perdonado, padre. Todos estamos perdonados. Otro tiempo me espera, sin jueces, sin premios, sin castigos. La salvación, el perdón, no están fuera sino dentro de nosotros mismos . . . [Los pasos avanzan, se detienen cerca, detrás de la puerta de la celda.]

Voz de Mando: [Detrás de la puerta.] ¡Altooo! [Se abre la puerta y entran la señora Revilla, la señora Seijas y la señora Galván.

Inmediatamente después Bautista, que viene pálido.]

Ángeles: [Cuadrándose delante de él.] ¡A sus órdenes, coronel . . . ! ¿Me permite que me despida? [Ángeles abraza estrechamente a la señora Revilla.]

Ángeles: Para no prolongar estos minutos, este abrazo es para todos mis amigos.

Bautista: General Ángeles, me abandonó, me condenó al crimen para siempre.

Ángeles: Coronel, como última gracia le pido que me conceda dar la orden de fuego. [Ángeles al ir a colocarse en el pelotón de soldados, pasa cerca del traje negro y le pasa una mano por encima.]

Ángeles: Es igual morir en estas trazas . . . Voy a entrar en un orden diferente. [El Padre Valencia hace la señal de la bendición.]

Ángeles: ¡Gracias, padre! [Después de una pausa.] Estoy listo. [Ángeles se coloca en el centro mismo del pelotón.]

Ángeles: ¡De frente! ¡Marchen! [Salen todos. Se oscurece la escena.]

Fachada del Teatro de los Héroes. Sentadas en los escalones, las señoras Seijas, Revilla y Galván. Silencio. Ya amaneció. En lo alto de la escalinata aparece Bautista muy pálido.

Bautista: Acaba de morir . . . Pueden ustedes recoger su cuerpo.

Está allá, con los ojos abiertos, mirando lo que él quería ver: el cielo de los mexicanos . . . el último cielo . . . el cielo de los fusilados. [Las señoras se levantan y suben las gradas.]

Señora Revilla: ¿En dónde está?

Bautista: Atrás, en el patio.

Señora Revilla: Está en todos los patios. [Salen las señoras seguidas de Bautista. Hay un gran silencio en la escena vacía. De pronto, por la izquierda, entra el abogado Gómez Luna. Viene corriendo, con el cuello de la camisa abierto y la cara desvelada. Con la mano derecha agita un sobre azul. Sube la escalinata corriendo.]

Gómez Luna: ¡General Ángeles! ¡General Ángeles! ¡Estamos salvados! ¡Llegó el amparo! ¡Llegó el amparo! ¡[Gómez Luna entra en el teatro silencioso, corriendo.]

Voz de Gómez Luna: [Desde el interior del teatro.] ¡Coronel Bautista! ¡Llegó el amparo! . . . ¡Llegó el amparo! . . .

TELÓN